

PULGARCITO

VOL. II - NUM. 10 - OCTUBRE 1920 - 25 CTS.

JUGAREMOS AL...



DIABOLO



PATRIMONIO
DOCUMENTAL



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Esta versión digital de la revista “Pulgarcito” ha sido realizada como resultado de la Tesis de Licenciatura en Ciencias de la Información: “Revista Infantil Pulgarcito: una organización de información desde los supuestos de las Humanidades Digitales” por Luis Miguel Rondón Díaz en el año 2017.

Se digitalizaron los números pertenecientes a la Biblioteca Histórica Cubana y Americana “Francisco González del Valle” y de la Biblioteca “Fernando Ortiz” del Instituto de Literatura y Lingüística.

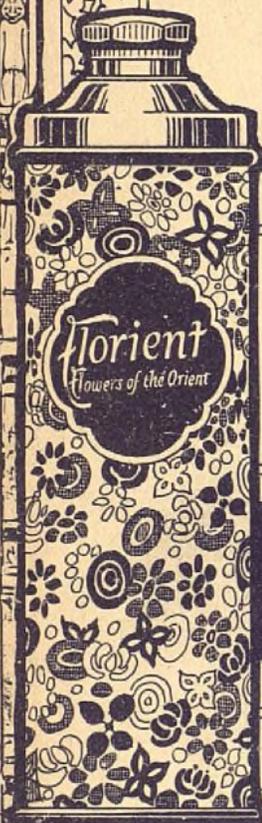
nota legal



Perfil institucional en Facebook

Patrimonio Documental
Oficina del Historiador

fb(@dirdocumentalohc)





RECOMIENDA A TUS
HERMANOS MAYORES,
QUE TODOS LOS
MESES LEAN LA
MEJOR REVISTA DE CUBA

SOCIAL

\$ 4.00 AL AÑO

40^{cts} EL NUMERO

CARTELES

La Mejor Revista de Espectáculos
de la América Latina.

CINES, DEPORTES,
TEATROS

Director Gerente:

OSCAR H. MASSAGUER

Oficinas: SOL 85. Cable CARTELES

30 CTS.

el Número



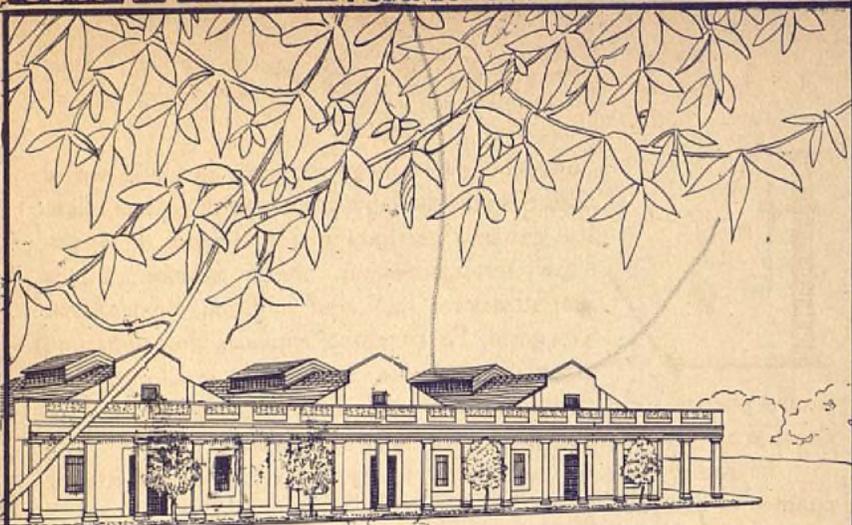
Graciella Loret de Mola y Defancourt

Este periódico para los niños saldrá todos los meses, y se venderá a peseta. El año entero dos pesos.

Dirija su petición a los editores de PULGARCITO, Massaguer Brothers, Avenida del Cerro 528, esquina a Tulipán. El teléfono es I-1119.

CONRADO W. MASSAGUER
DIRECTOR ARTISTICO

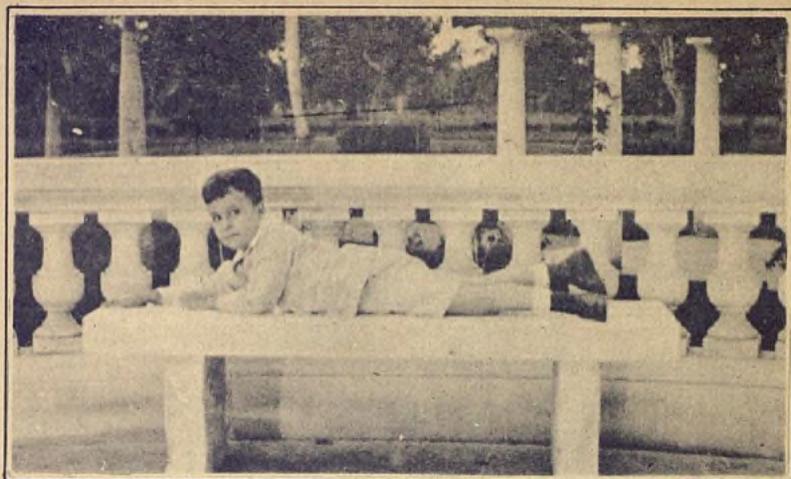
RAQUEL CATALA DE BARROS (Ariana)
JEFE DE REDACCION



El INSTITUTO DE ARTES GRÁFICAS DE LA HABANA tiene el honor de participar a sus clientes y amigos que ha trasladado sus oficinas, talleres y almacenes a su nuevo edificio en la Avenida de Almendares y Bruzón, (Ensanche de la Habana).
Teléfono M-4732.

Grabados e impresión de documentos comerciales. Papel de carta, Carteles, Folletos, Periódicos y Catálogos.

FUNDADO EN 1916.



Pepito Pimentel y Menendez

EL DIABOLO

ESTE juego tan simpático tiene también un origen muy antiguo. Parece que fué inventado por los chinos, los cuales, dicho sea de paso, son muy inteligentes y habilidosos. Los misioneros que visitaron a China se sintieron cautivados por un juego tan original, y lo llevaron a Europa, donde poco a poco fué adquiriendo popularidad. A fines del siglo XVIII comenzó a jugarse en Inglaterra. Pero donde alcanzó mayor boga fué en Francia allá por el año de 1812; posteriormente un ingeniero francés llamado Gustavo Phillipart, descubrió algunos instrumentos antiguamente usados, y los adoptó inmediatamente, inventando entonces el carretel con que ahora se juega y con el cual sustituyó la forma de pelota con que se había venido jugando desde que fué popular en Europa. El fué también quien le puso el nombre de *diábolo*, haciendo olvidar por completo el de *diablo* que antiguamente se le daba.

Hoy el diábolo es un juego muy usado por niños y niñas; en Cuba no se juega mucho, lo cual debemos lamentarlo porque es un juego muy entretenido y que tiene muchas dificultades encantadoras en las cuales está el secreto de su entretenimiento.



Margot R.
Roman
(Habana)



Cucu A.
Roman
(S. de Cuba)

Debito Llano Garcia
(Guines.)

PULGARCITO

"DEJAD LOS NIÑOS VENIR HACIA MI"

Acogido a la franquicia e inscripto como correspondencia de segunda clase
en la Administración de Correos de la Habana.

VOL II.

HABANA, OCTUBRE 1920.

NUM. 10.

Bebé y el Señor Don Pomposo

Por JOSÉ MARTÍ RE: 34770

BEBÉ es un niño magnífico, de cinco años. Tiene el pelo muy rubio, que le cae en rizos por la espalda, como en la lámina de los Hijos del Rey Eduardo, que el pícaro Glócester hizo matar en la torre de Londres para hacerse él Rey. A Bebé lo visten como al duquesito Faunteroy, el que no tenía vergüenza de que lo vieran conversando en la calle con los niños pobres. Le pone pantaloncitos cortos ceñidos a la rodilla, y blusa con cuello de marinero, de dril blanco como los pantalones, y medias de seda colorada, y zapatos bajos. Como lo quieren a él mucho, él quiere mucho a los demás. No es un santo, oh no!: le tuerce los ojos a su criada francesa cuando no le quiere dar más dulces, y se sentó una vez en visita con las piernas cruzadas, y rompió un día un jarrón muy hermoso, corriendo detrás de un gato. Pero en cuanto ve un niño descalzo le quiere dar todo lo que tiene: a su caballo le lleva azúcar todas las mañanas, y lo llama "caballito de mi alma"; con los criados viejos se está horas y horas, oyéndoles los cuentos de su tierra de Africa, de cuando ellos eran príncipes y reyes, y tenían muchas vacas y muchos elefantes; y cada vez que ve Bebé a su mamá, le echa el bracito por la cintura, o se le sienta al lado en la banqueta, a que le cuente cómo crecen las flores, y de dónde le viene la luz al sol, y de qué está hecha la aguja con que cose, y si es verdad que la seda de su vestido la hacen unos gusanos, y si los gusanos van fabricando la seda, como dijo ayer en la sala aquel señor de espejuelos. Y la madre le dice que sí, que hay unos gusanos que se fabrican unas casitas de seda, largas y redondas, que se llaman capullos; y que es hora de irse a dormir, como los gusanitos, que se meten en el capullo, hasta que salen hechos mariposas.

Y entonces sí que está lindo Bebé, a la hora de acostarse, con sus medicitas caídas, y su color de rosa, como los niños que se bañan mucho, y su camisola de dormir: lo mismo que los angelitos de las pinturas, un angelito sin alas. Abraza mucho a su madre, la abraza muy fuerte, con la cabecita baja, como si quisiera quedarse con su corazón. Y da brincos y vueltas de carnero, y salta en el colchón con los brazos levantados, para ver si alcanza a la mariposa azul que está pintada en el techo. Y se pone a nadar como en el baño: o a hacer como que cepilla la baranda de la cama, porque va a ser carpintero; o rueda por la cama hecho un carretel, con los rizos rubios envueltos con las medias coloradas. Pero esta noche Bebé está muy serio, y no da volteretas como todas las noches, ni se le cuelga del cuello a su mamá, para que no se vaya, ni le dice a Luisa, a la francesita, que le cuente el cuento del gran comelón, que se murió solo y se comió un melón. Bebé cierra los ojos; pero no está dormido. Bebé está pensando.

La verdad es que Bebé tiene mucho en que pensar porque va de viaje a París, como todos los años, para que los médicos buenos le digan a su mamá las medicinas que le van a quitar la tos, esa tos mala que a Bebé no le gusta oír; se le aguan los ojos a Bebé en cuanto oye toser a su mamá; y la abraza muy fuerte, muy fuerte, como si quisiera sujetarla. Esta vez Bebé no va solo a París, porque él no quiere hacer nada solo, como el hombre del melón, sino con un primito suyo que no tiene madre. Su primito Raul va con él a París a ver con él el hombre que llama a los pájaros, y la tienda del Louvre, donde les regalan globos a los niños, y el teatro Guñón, donde hablan los muñecos, y el policía se lleva preso al ladrón, y el hombre bueno le da un coscorrón al hombre malo. Raul va con Bebé a París. Los dos juntos se van el sábado en el vapor grande, con tres chimeneas. Allí en el cuarto está Raul con Bebé, el pobre Raul, que no tiene el pelo rubio, ni va vestido de duquesito, ni lleva medias de seda colorada.

Bebé y Raúl han hecho hoy muchas visitas: han ido con su mamá a ver a los ciegos, que leen con los dedos, en unos libros con las letras muy altas; han ido a la calle de los periódicos, a ver como los niños pobres, que no tienen casa donde dormir, compran diarios para venderlos después y pagar su casa; han ido a un hotel elegante, con criados de casaca azul y pantalón amarillo, a ver a un señor muy flaco y muy estirado, el tío de mamá, el señor Don Pomposo. Bebé está pensando en la visita del señor Don Pomposo. Bebé está pensando.

Con los ojos cerrados, él piensa: él se acuerda de todo. ¡Qué largo, qué largo el tío de mamá, como los palos del telégrafo! ¡Qué leontina tan grande y tan suelta, como la cuerda de saltar! ¡Qué

pedrote tan feo como un pedazo de vidrio, el pedrote de la corbata! ¡Y a mamá no la dejaba mover, y le ponía un cojín detrás de la espalda, y le puso una banqueta en los pies, y le hablaba como dicen que le hablan a las reinas! Bebé se acuerda de lo que dice el criado viejito, que la gente le habla así a mamá, porque mamá es muy rica, y que a mamá no le gusta eso, porque mamá es buena.

Y Bebé vuelve a pensar en lo que sucedió en la visita. En cuanto entró en el cuarto el señor Don Pomposo le dió la mano, como se la dan los hombres a los papás; le puso el sombrerito en la cama, como si fuera una cosa santa, y le dió muchos besos, unos besos feos, que se le pegaban a la cara, como si fueran manchas. Y a Raul, al pobre Raul, ni lo saludó, ni le quitó el sombrero, ni le dió un beso. Raul estaba metido en un sillón con el sombrero en la mano, y con los ojos muy grandes. Y entonces se levantó Don Pomposo del sofá colorado: "Mira, mira, Bebé, lo que te tengo guardado: esto cuesta mucho dinero, Bebé: esto es para que quieras mucho a tu tío." Y le sacó del bolsillo un llavero como con treinta llaves, y abrió una gaveta que olía a lo que huele el tocador de Luisa, y le trajo a Bebé un sable dorado—¡oh qué sable! ¡oh qué gran sable!—y le abrochó por la cintura el cinturón de charol!—oh qué cinturón tan lujoso!—y le dijo. "Anda, Bebé; mírate al espejo; jese es un sable muy rico; eso no es más que para Bebé, para el niño." Y Bebé, muy contento, volvió la cabeza adonde estaba Raul, que lo miraba, miraba al sable, con los ojos más grandes, que nunca, y con la cara muy triste, como si se fuera a morir:—¡oh, que sable tan feo, tan feo! ¡oh que tío tan malo!—En todo eso estaba pensando Bebé, Bebé estaba pensando.

El sable está allí, encima del tocador. Bebé levanta la cabeza poquito a poco, para que Luisa no lo oiga, y ve el puño brillante como si fuera de sol, porque la luz de la lámpara da toda en el puño. Así eran los sables de los generales el día de la procesión, lo mismo que el de él. El también, cuando sea grande, va a ser general, con un vestido de dril blanco, y un sombrero con plumas, y muchos soldados detrás, y él en un caballo morado, como el vestido que tenía el obispo. El no ha visto nunca caballos morados, pero se le mandarán a hacer. Y a Raul ¿quién le manda hacer caballos? Nadie, nadie: Raul no tiene mamá que le compre vestidos de duquesito: Raul no tiene tíos largos que le compren sables. Bebé levanta la cabecita poco a poco. Raul está dormido: Luisa se ha ido a su cuarto a ponerse olores. Bebé se escurre de la cama, va al tocador en la punta de los pies, levanta el sable despacio, para que no haga ruido... y ¿qué hace Bebé? ¡va riéndose, va riéndose el pícaro! hasta que llega a la almohada de Raul, y le pone el sable dorado en la almohada.

LA CAIDA DE
LAS HOJAS
(Para colorear)



LA CAIDA DE LAS HOJAS

(PARA COLOREAR)





Skirring y Benitez

© Arthur S.

Los Clásicos de la Infancia

DANIEL DE FOE

ROBINSON! ¡Cuántas cosas no hace pensar este nombre a nuestros amiguitos! Robinson realiza en gran parte el sueño de nuestros primeros años. Viajar; ver mundo; vivir infinidad de aventuras; pelear, conquistar; y siempre, siempre, salir vencedor....

¡Robinson! Tú eres el culpable de más de una de esas excursiones en grupo en que se nada, se asaltan los frutos de una finca o se dan paseos por la bahía que en esos momentos se la imagina...

Y es que Robinson Crusoe fué un niño amante de toda clase de aventuras que por fin realiza cuando es un jovencito. En vano sus padres lo aconsejan; él prescinde de todo y se embarca. Todas sus vicisitudes nos las cuenta él mismo en un libro del cual es autor Daniel de Foe, escritor inglés que nació en Londres en 1659 y murió en esa misma ciudad, en 1731.

Su vida fué muy activa, interviniendo en la política de su país, y en las luchas de religión que en el mismo se promovieron. Publicó innumerables obras figurando entre ellas su célebre *Vida y aventuras extrañas y sorprendentes de Robinson Crusoe* (*The Life and Strange Surprizing Adventures of Robinson Crusoe*) que vieron la luz por primera vez el 25 de abril de 1719 y que a través de los años ha sido uno de los libros más leídos en todas las lenguas. El libro, al poco tiempo de ser publicado, alcanzó una gran popularidad; y con él ha sucedido lo que con el *Gulliver* de Swift: que siendo un libro escrito sin pensar para nada en los niños, y tan sólo siguiendo un plan muchas veces filosófico, y hasta satírico se ha convertido en uno de los libros favoritos de los niños y los jovencitos, por el sinnúmero de interesantes aventuras contenidas en el mismo.

Es, por lo tanto, uno de los clásicos de la infancia, como hasta cierto punto, lo es Julio Verne, autor francés cuyos grandes convencionalismos y soberbia imaginación han hecho de sus obras algo inolvidable y siempre interesante. ✎



DP

Robinson se encuentra con los indios

Por DANIEL DE FOE



ESPUES de pasar una tempestad, caer esclavo de un pirata, huir, y otras aventuras no menos interesantes, Robinson, instalado en la célebre isla de que tanto se ha hablado, encuentra, por fin, una persona—un indio—el cual se convierte en su inseparable compañero y adopta por nombre el de Domingo.

Planeando están la construcción de una canoa, cuando comienza este episodio.

Domingo—cuenta Robinson—se preparaba a quemar el interior del tronco de un árbol para hacer la canoa; pero le señalé el modo de vaciarlo con las herramientas, de las cuales se sirvió en seguida con mucha destreza. Después de un mes de muy penoso trabajo, concluimos la piragua, que era muy elegante, sobre todo cuando después con nuestras hachas, en cuyo manejo le instruí, dimos al exterior la forma de una chalupa. Empleamos aún otros quince días en conducirla al mar, y cuando la botamos, reconocimos que podía llevar cómodamente veinte hombres. Aunque era tan grande, me sorprendí de ver con qué destreza y rapidez la manejaba, cómo la hacía virar, y qué impulso la daba con los remos. Entonces le dije que si quería podíamos probar a hacer la travesía en dicha piragua.

—Sí,—me contestó; nosotros poder muy bien cuando sople buen viento.

Sin embargo, tenía yo un proyecto que él ignoraba: éste era de proveer a mi canoa de un mástil, una vela, un áncora y un cable. En cuanto al mástil era cosa fácil: escogí un cedro joven muy derecho que se hallaba allí cerca, pues había innumerable cantidad de dichos árboles en la isla; ordené a Domingo que lo cortara, y le dí mis instrucciones para pulimentarlo e instalarlo. Sabía que tenía velas viejas o más bien pedazos de ellas; pero como había cerca de veintiséis años que las tenía y cuidaba poco de ellas, imaginando que jamás podría usarlas, esperaba encontrarlas podridas: en efecto, lo estaban casi todas. Sin embargo, hallé dos pedazos aún bastante buenos. Puse manos a la obra, y logré, no sin trabajo y cosiendo muy mal, pues carecía de verdaderas agujas, hacer una muy fea de tres puntas, que

se asemejaba a las que nosotros damos en Inglaterra el nombre de espalda de carnero montándola con un botavaras. Dicha vela era aquella cuyo manejo me era más familiar, porque la barca con la cual me había escapado en otro tiempo de Berbería, llevaba una igual.

Empleé cerca de dos meses en terminar aquel último trabajo, es decir, en arreglar mi mástil y mi vela. Completé los aparejos, añadiendo al mástil un pequeño estai, sobre el cual coloqué una pequeña vela a manera de trinquete para ayudarme a tomar el viento. Finalmente, lo que era más necesario que todo esto, fijé en la popa de mi canoa un timón para poder dirigirla. Aunque fuese un pésimo carpintero, reconocí la necesidad y lo útil que me era semejante pieza, y no perdoné trabajo para hacer una regular; pero cuando considero infructuosos los ensayos que hice, estoy persuadido de que aquel timón me costó tanto trabajo como la canoa entera. Cuando estuvo todo concluído, me fué preciso enseñar a Domingo la maniobra de mi piragua; pues aunque sabía muy bien dirigirla con los remos, ignoraba por completo el manejo de la vela y del timón. Se quedó asombrado de verme gobernar la canoa y hacerla virar por medio de la barra, y variar mi ruta cambiando las velas de todos modos; no podía volver de su sorpresa. No obstante, al poco tiempo todo le fué familiar, y se convirtió en un excelente marineró; sólo la brújula era lo que no podía hacerle comprender del todo; pero como en aquellas regiones el cielo apenas se cubre, y casi nunca hay tinieblas, la brújula era poco necesaria. Para guiarnos teníamos a las estrellas durante la noche, y la tierra durante el día excepto en la estación de las lluvias, y entonces nadie se hubiese atrevido a viajar ni por mar ni por tierra.

Había llegado el año vigésimo séptimo de mi destierro en la isla, aunque no deba comprender bajo este nombre los tres últimos que había pasado con Domingo, gozando de otra vida distinta que antes de su venida. Celebré el aniversario de mi desembarco con el mismo reconocimiento hacia Dios por su misericordia para conmigo. En efecto: si desde un principio hubiese sido agradecido, ¡cuántas gracias no debía de dar ahora a la Providencia que me dispensaba tantas nuevas pruebas de su solicitud, y me permitía confiar en mi libertad; porque estaba íntimamente convencido de que esta libertad estaba próxima, y de que no pasaría un año más en la isla. No descuidaba, sin embargo, mis trabajos acostumbrados: araba, sembraba y plantaba como de ordinario; recogí y sequé mis uvas; y, en una palabra, no dejé de proveerme de todo lo necesario, como hacía antes de tener a Domingo conmigo y de aspirar a verme libre.

Cuando llegó la estación lluviosa, me vi precisado a no salir con tanta frecuencia. Habíamos tomado todas las precauciones para

que nuestro nuevo barco estuviese lo más seguro posible, y lo habíamos conducido a la ensenada, en donde, como he dicho, desembarcaba con mis balsas. La arrastramos sobre la playa durante el refluo, y Domingo hizo un hoyo lo suficiente ancho para que cupiese, y profundo para que se conservase sin movimiento; después cuando sobrevino el flujo, hicimos una especie de dique a la extremidad para impedir que el agua entrase, y la canoa quedaba así en seco a pesar de la subida de las aguas. Para preservarla de la lluvia la cubrimos con una multitud de ramas de árboles, tan espesas; que una techumbre de bálago no podía ser más impenetrable. Aguardamos así los meses de Noviembre y Diciembre, que había yo señalado para realizar mi proyecto.

Cuando llegó el buen tiempo, y el cielo empezó a estar más despejado, el deseo de ejecutar mi empresa fué más vivo; me ocupaba diariamente en prepararlo todo para el viaje. Mi primer cuidado fué reunir las provisiones que podían ser necesarias; porque tenía el designio de botar al agua la canoa dos o tres semanas más tarde.

Hallándome ocupado una mañana, trabajando en mis preparativos, llamé a Domingo y le mandé que fuese a la playa a buscar tortugas, como lo hacíamos comúnmente una vez por semana, tanto por los huevos como por la carne. Hacía un momento tan sólo que había partido, cuando le vi volver corriendo y lanzarse por encima de mi trinchera exterior como si sus pies no tocasen en el suelo; y antes que hubiese tenido tiempo de interrogarle, exclamó:

—¡Ah señor, ah señor! ¡Ah pena, ah desgracia!

¿Qué hay Domingo?

—¡Oh, allá abajo una, dos, tres canoas; una, dos tres!

Creí al pronto, según su modo de expresarse, que había a lo menos seis canoas; pero habiéndole preguntado, supe que no eran más que tres.

—Y bien, no te asustes,—le dije.

Le animé cuanto me fué posible; sin embargo, ví que el pobre estaba horriblemente espantado. Se le había metido en la cabeza que los salvajes habían venido expresamente a buscarle para sacrificarle y devorarlo. Temblaba de tal modo, que no sabía qué hacerse. Dijele que en el mismo peligro me encontraba yo y que lo mismo me comerían que a él.

—Mas es preciso—continué—resolvernos a combatir. ¿Puedes tú pelear, Domingo?

—Yo tirar—dijo,—pero allá venir muchos.

—¿Qué importa? respondí;—nuestras escopetas asustarán a los que no maten.



Le pregunté, por último, si viéndome resuelto a defenderle, quería defenderme también, no apartarse de mi lado y hacer todo lo que le ordenase. Respondió: " Y morir cuando vos mandéis morir, amo." En seguida fuí a buscar ron, y le hice beber un buen trago; porque lo había economizado tanto, que aun me quedaba una buena cantidad.

Cuando hubo bebido, le hice tomar las dos escopetas que llevábamos siempre, y las cargué con munición tan gorda como balines de pistola. Luego cogí cuatro mosquetes, en cada uno de los cuales metí dos trozos de hierro y cinco balines; y por fin mis dos pistolas, a las que puse dos balas en cada una. Colgué como de costumbre mi gran sable desnudo al costado, y entregué a Domingo su hacha. Cuando hube tomado todas estas disposiciones, cogí el anteojo y trepé a la colina para procurar descubrir alguna cosa. Divisé claramente que había veintidós salvajes, tres prisioneros y tres canoas, y que sus planes parecían consistir en hacer un festín triunfal con aquellos tres desgraciados; resocijo bárbaro, pero que para ellos, según he hecho

notar, no tenía nada de particular. Observé también que habían desembarcado, no en el paraje donde Domingo se había escapado, sino más cerca de mi pequeña bahía. En aquel sitio la playa era baja, y un espeso bosque llegaba casi hasta el mar. Este descubrimiento y el horror que me causaba la empresa sangrienta de aquellos miserables, me indignaron de tal manera, que volví a bajar adonde se hallaba Domingo, y le dije que había decidido atacarlos y matarlos a todos, preguntándole si me ayudaría. Entonces él, vuelto de su espanto y reanimado por el ron que le había dado, se mostró lleno de resolución, y repitió que moriría si le mandaba que muriese.

En el acceso de mi furor, compartí entre los dos las armas que acababa de cargar; di a Domingo una pistola para que se la pusiese en la cintura, y tres escopetas para que se las colocase en la espalda; tomé también la otra pistola con las tres escopetas que quedaban, y equipados de esta manera salimos.

Había guardado en mi bolsillo una botella de ron, y había cargado a Domingo con un gran saco lleno de pólvora y balas. Dile por consigna que me siguiese sin separarse un instante de mí, ni moverse, ni tirar, ni hacer cosa alguna sin que yo se lo mandase, y sobre todo que se abstuviera de hablar. En seguida describí un círculo a mi derecha de cerca de una milla para acercarme a la ensenada, pasando por el bosque, de manera que pudiese llegar a tiro de fusil de los salvajes antes que advirtiesen mi marcha, lo cual era muy fácil de lograr, como yo me había asegurado antes bien con mi anteojo. A medida que iba andando, los escrúpulos antiguos volvieron a presentarse a mi imaginación, y empezaron a quebrantar mi resolución. No se crea que temía el número de los enemigos; aquellos miserables estaban desnudos y sin armas; era ciertamente superior a ellos, aún cuando hubiese estado solo. Pero me pregunté qué provocation o qué necesidad me obligaba a tener de aquel modo mis manos en sangre a atacar aquellas gentes que no me habían hecho ningún mal y ni siquiera tenían intención de hacérmelo. Con respecto a mí eran inocentes; sus bárbaras costumbres se volvían contra ellos mismos; ellas eran la prueba de que Dios los había abandonado, así como a otros pueblos de aquellas regiones, a su estupidez y a su apetito feroz; pero Él no me llamaba a juzgar sus acciones, y menos aún a ser el ejecutor de su justicia; cuando lo tuviese por conveniente, con un castigo nacional lo castigaría, como pueblo, por un crimen nacional. En aquello, pues, no tenía jurisdicción alguna. Es cierto que Domingo podía justificar dicha acción; él podía legítimamente atacarlos, pues era su enemigo declarado; más yo no podía decir otro tanto. Estas reflexiones obraron tan fuertemente sobre mí, que resolví solamente permanecer cerca de ellos, y hacer lo que

el cielo me inspirase, observar su sangriento festín sin mezclarme en nada, a menos que no se ofreciera alguna circunstancia que me enseñase antes lo que yo debía hacer.

Tomada esta resolución, penetré en el bosque con toda la precaución y silencio posible, siguiéndome Domingo, y mostrándole un grueso árbol justamente al extremo del bosque, le mandé que fuese y me dijese si desde allí se veía bien lo que pasaba. Fué, y volvió inmediatamente, asegurándome que se veían perfectamente los salvajes, que estaban todos al rededor de una hoguera comiéndose a uno de sus prisioneros; que otro que iban a matar muy pronto, yacía fuertemente atado sobre la arena a poca distancia del fuego, lo que me puso fuera de mí: añadió que este último no era un prisionero de su nación, sino uno de los hombres blancos y barbudos que había ido a su país, según me había referido. Me sobrecogí de horror al solo nombre de un hombre blanco, y trepando a un árbol vi distintamente con mi anteojo un hombre blanco echado sobre la playa, con las manos y pies sujetos con yerbas, o alguna cosa parecida al junco; en fin, reconocí que era un europeo, y que estaba vestido. Desde el lugar en que yo me hallaba al en que ellos estaban, había más de cien varas de distancia, y a la mitad de dicha distancia había otro árbol, delante del cual había un zarzal sumamente espeso.

Vi que dando un pequeño rodeo podía llegar sin ser descubierto, y que allí no estaría más que a medio tiro de escopeta: dominé mi cólera a pesar de estar excitado hasta el más alto grado de furor; y retirándome cerca de veinte pasos me deslicé por medio de las zarzas que cubrían todo el camino hasta el otro árbol, donde encontré una pequeña altura, desde la cual pude ver claramente a los salvajes a una distancia poco menor de cuarenta varas.

No había que perder un instante, pues diez y nueve de aquellos miserables estaban sentados en el suelo apretados unos contra otros, y habían enviado a dos de ellos para degollar al pobre cristiano, y quizá para llevarlo miembro por miembro a la hoguera; ya habían éstos bajado para desatarle los pies. Entonces me volví a Domingo, y le dije:

—Ahora, haz lo que voy a mandarte.

Respondió que me obedecería.

Haz, pues, exactamente lo que me veas hacer, y no faltes en nada.

Acto continuo dejé en el suelo uno de mis mosquetes y mi escopeta de caza, y Domingo hizo otro tanto; después con el otro mosquete apunté a la rueda de los salvajes ordenándole que me imitase.

—¿Estás pronto?—le dije entonces.

—Sí, —respondió.

—¡Bueno! ¡fuego sobre ellos!

Y disparamos al mismo tiempo.

Domingo hizo la puntería mucho mejor que yo, porque hirió a tres y mató a dos, mientras que yo, por mi parte, no maté más que uno y herí dos. Es imposible describir el espanto mortal que se apoderó de los salvajes. Todos los que no fueron heridos se levantaron precipitadamente; más no sabían por donde huir, pues ignoraban de que lado les venía la muerte. Domingo, sin embargo, tenía siempre la vista fija sobre mí para observar e imitar todos mis movimientos, según le había prevenido. Inmediatamente después de mi primera descarga arrojé el mosquete y cogí la escopeta de caza, haciendo Domingo lo propio. Viéndome apuntar, hizo otro tanto.

—¿Estamos ya, Domingo?

—Sí, —me respondió.

—¡Fuego, pues, en nombre de Dios!

Y a dichas palabras descargamos segunda vez nuestras escopetas sobre aquellos desgraciados, que estaban aterrorizados de espanto. Como las escopetas estaban cargadas solamente con munición gruesa y balines de pistolas, no cayeron más que dos; pero herimos a tantos, que los vimos correr hacia diversos lados, todos cubiertos de sangre, aullando y dando alaridos como locos; muchos de ellos estaban en tan lamentable situación, que un momento después cayeron otros tres, aunque no murieron al pronto.

—Ahora, Domingo, —grité, arrojando el arma descargada, y tomando el solo mosquete que quedaba cargado, —sigueme.

Obedecíeme valerosamente. Entonces me lancé fuera del bosque, y me mostré a los salvajes con Domingo que me seguía. Tan pronto como ví que me habían divisado di un grito terrible, ordenando a Domingo que hiciese lo mismo, y me puse a correr con tanta precipitación como lo permitía el peso de mis armas, derecho a la pobre víctima, que yacía, según he dicho, sobre la arena, entre el lugar del festín y el mar.

Los dos carniceros que iban a ejercitarse con él le abandonaron al ruido de la primera descarga; huyeron sobrecogidos de espanto hacia la ribera, y saltaron a una canoa, donde fueron seguidos por otros tres. En seguida me volví a Domingo, y le dije que los persiguiese y les hiciese fuego. Al instante me comprendió, y corriendo un espacio de cuarenta varas para acercarse a ellos, disparó. Al principio creía que no había dejado uno siquiera, pues cayeron unos encima de otros en la misma canoa, a pesar de que luego ví que se levantaban dos con la mayor prontitud. Domingo había dejado en

el sitio a dos y herido a un tercero tan gravemente, que permanecía como muerto en el fondo de la piragua.

En tanto que Domingo hacía fuego, había yo desenvainado mi cuchillo y cortado las ligaduras que sujetaban a la víctima. Cuando le hube desatado los pies y las manos, lo levanté y le pregunté en portugués quién era. El me contestó en latín: *Christianus*. Más estaba tan débil y extenuado, que apenas podía hablar y sostenerse. Saqué la botella de mi bolsillo y se la dí, haciéndole señas de que bebiese, lo cual verifiqué; después le ofrecí un pedazo de pan, que comió. Entonces le supliqué me dijera a que nación pertenecía.

—Español—me respondió.

Luego que hubo recobrado un poco de ánimo, me manifestó del modo que pudo cuán reconocido me estaba por haberlo salvado.

Lo aceptó con gratitud, y desde el instante que hubo tocado las armas, como si le hubiesen comunicado nuevo vigor, se precipitó sobre sus enemigos con tanta furia, que dejó tendidos en el acto a dos de ellos; es necesario decir que su sorpresa era tan grande, y los pobres estaban tan asustados de los tiros, que se dejaban caer de miedo y sobresalto, y eran tan incapaces de huir como de resistir a las balas. Esto fué lo que sucedió a los cinco de la canoa, a los cuales Domingo hizo fuego, pues tres cayeron de resultas de las heridas, y los dos restantes de miedo únicamente.

Permanecía yo con la escopeta sin disparar, para reservar el único tiro que me quedaba, pues que había dado al español mi pistola y sable. Llamé a Domingo, y le mandé que corriese al árbol desde donde habíamos hecho fuego al principio, y que trajese las armas descargadas, lo que hizo con la mayor prontitud. Entonces le dí mi mosquete, y me senté en el suelo para cargar todas las armas, encargando a mis compañeros que viniesen a buscarlas cuando tuviesen necesidad de ellas.

Mientras cargaba, ví que se había empeñado un combate terrible entre el español y uno de los salvajes, que le atacaba con uno de aquellos pesados sables de madera destinado a degollarle, si yo no le hubiese salvado.

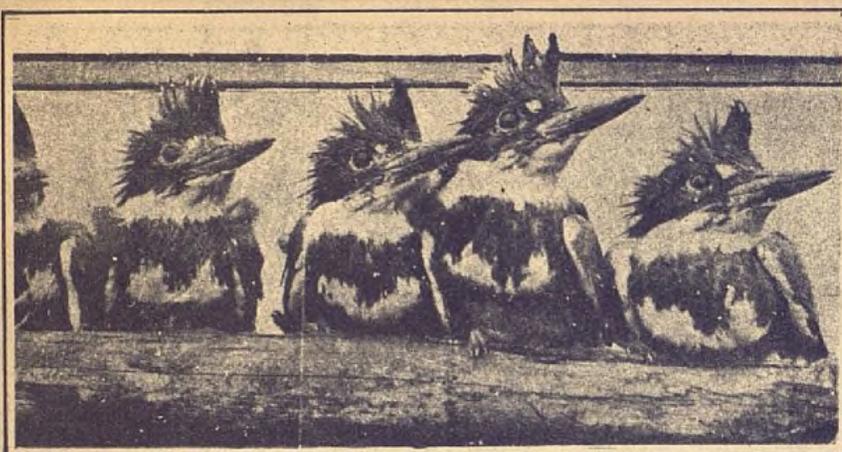
El español era tan valiente y atrevido que, a pesar de estar débil en extremo, combatía ya hacía algún tiempo con el indio, y le había hecho dos grandes heridas en la cabeza; pero el salvaje, que era un hombre robusto y vigoroso, habiéndole cogido por la cintura, lo había derribado, y se esforzaba en arrancarle el sable de las manos. El español, echado en el suelo, abandonó hábilmente el sable, y tomando la pistola que llevaba en la cintura, la descargó sobre su enemigo, y le dejó muerto en el acto, antes de que yo hubiese podido llegar...



Ernestina, Hilda y Ofelia Sárra y Larrea

© MARCAN.

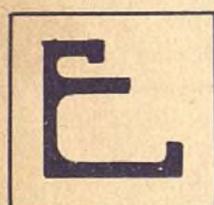




Erizadas las plumas, los ojos redondos y grandes. . . .

Nuestros Amigos los Animales

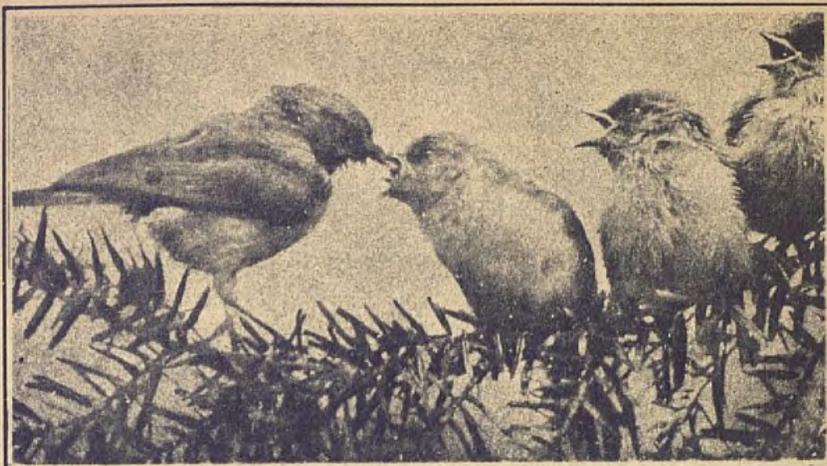
LA VIDA DEL NIDO



ERIZADAS las plumas, los ojos redondos y grandes, casi saltones, el pico grueso y deforme, allí están sobre las ramas cinco, seis, diez, figurillas inquietas, azoradas. Son pajarillos en la infancia. Toman el sol con gestos de niños muy mimados pían a veces desafortadamente y alargan el cuello con insistencia. ¿Qué esperan? ¿Por quién pían? . . .

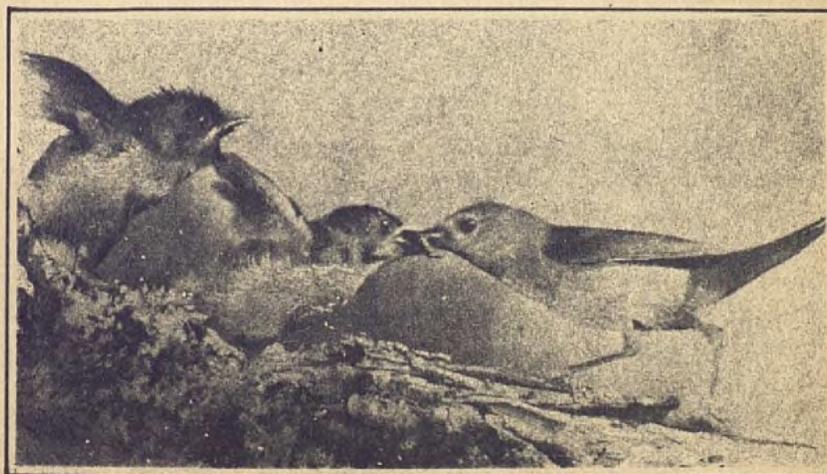
Fijáos un momento, y comprenderéis esta escena mil veces repetida. Detrás de esas ramas, o más arriba, están los nidos, de donde han saltado para realizar esta primera travesura de tomar el sol y contemplar el azul luminoso del cielo. Están contentos; y aunque a veces discuten acaloradamente entre sí y hasta se amenazan con formidables picotazos, todo se olvida cuando aparece la madre con el succulento festín de una mosca o un grano de arroz, ¡Cuánta impaciencia! Mirad; todos han abierto golosamente sus picos pidiendo el sabroso bocado. Más, no importa: la madre por orden irá trayendo algo para cada uno, y hasta los más pequeños, los que todavía no pueden salir del nido, tendrán también su parte en el festín diariamente organizado por el amor maternal. . .

¿No habéis visto con detenimiento estas escenas que se repiten



... todos han abierto golosamente el pico...

sobre nuestras cabezas en los parques o en el campo? Vale la pena de estudiar la vida íntima de esos animalitos, amigos del hombre porque casi conviven con él y hasta alegran su casa con sus bellísimos gorjeos. Cuando los padres esperan a estos hijuelos, emprenden la dulce tarea de construir el nido. Uno y otro vuelan incesantemente trayendo al lugar escogido para instalarlo, pajitas, pedacitos de tela y retacitos de algodón. Con todo esto fabricarán un cómodo nido para los que vendrán, y desde ese momento se sucederán las escenas de amor. ¡Con cuánto amor atenderán a los nue-



... la madre, por orden, irá trayendo algo para cada uno...

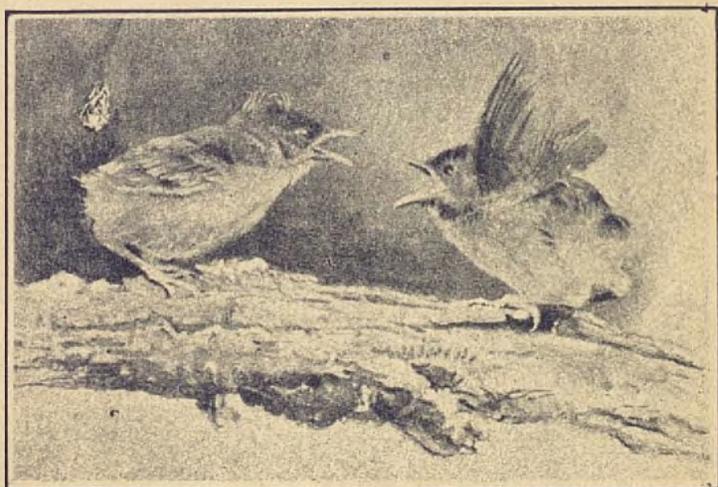


... los más pequeños, los que todavía no pueden salir del nido, tendrán también su parte en el festín...

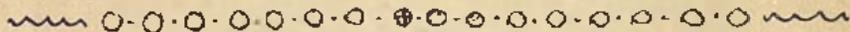
vos pajaritos! Tienen, a su modo, las mismas atenciones, cariños y cuidados que tiene el hombre con sus hijos.

Sienten a su modo lo mismo que vuestros padres sienten por ustedes; por eso es tan inhumano destruir esos nidos o encerrar a cualquier pájaro en una jaula que por ser muy dorada, no dejará de ser una prisión para él, nacido para cantar libremente como un poeta del ensueño que volase entre el cielo y la tierra. Al contrario, Fabricad vosotros mismos nidos, e instalad pequeñas fuentes en vuestro jardín. Tendréis así todos los pájaros y todos los cantos. Y cuando llegue la época de las crías, regad motitas de algodón, como hacen en los grandes parques los niños de otras ciudades. No olvidéis que estos amigos alados tienen, como vosotros, su hogar, sus hijos,

la dulce encantadora libertad por la cual han venido luchando todos los hombres desde que la tierra recibió; allá, en la noche de los tiempos, el primer beso del sol.



... a veces discuten acaloradamente entre sí...





Carmen de Ayala y Gongalez



El Pequeño Prodigio

Dibujo de H. Looseher

EL OSO QUE QUERIA JUGAR

Por JACINTO BENAVENTE

FN pesados carros de ruedas chirriantes, arrastrados perezosamente por mulos y caballos viejos y algún horriquillo delantero, que puesto allí para alegrar al ganado cansino. Llegaba a creerse que él solo tiraba del carro, que esto suele traer el colocar borricos en lugar preferente. . . —iba de lugar en lugar, a donde hubiera feria o romería, la colección de fieras de unos húngaros, que en ella tenían su Arca de Noé; con hombres y animales, si no de todas las especies, los bastantes a ser pasmo de lugareños, y tocan a la especie humana, los bastantes a que no se acabara el mundo, aunque ellos solos se salvaran de un nuevo diluvio, pues con no haber más de cuatro hombres y tres mujeres en la tribu, los chiquillos eran enjambre. . . y sus llanteras y berraqucos, sobresalían sobre el rugido de los leones, el bufar de tigres y panteras, el chirriar de los carros y el jurar de hombres y mujeres. . .

Las fieras de la colección eran hasta una docena, si se contaba como fieras, a un mulillo enano rayado blanco, para figurar como zebra. . . y al hombre más viejo de la tropa, que solía figurar el oso blanco, con unos pellejos de horrego y una cabeza de cartón, revestida de algodón en rama. Pero no podía darse nada más propio.

Los leones eran dos, apolillados y flaquísimos. Daban muy triste idea del Rey de los animales. Como suele decirse, no podían ni con el rabo. Pero si les faltaba fuerza les sobraba pereza. Y esto era milagro del hombre, que los tenía siempre de un humor de perros. . . de perros hambrientos, que es mucho peor que el de leones hartos. Que si un perro con hambre parece una fiera, una fiera bien alimentada puede parecer un perro. Cosa que no debieran olvidar nunca los que gobiernan pueblos.

La mejor persona de la colección era un oso pardo. No parecía un oso; parecía un senador vitalicio con gaban de pieles. A todo el mundo hacía buena cara; en cuanto se paraba la gente ante su jaula, se ponía a bailar y dar volteretas. Era el payaso de la compañía.

Una vez llegaron a la feria de un pueblecito muy lindo. Instalaron su barraca en un prado cerca de un bosque, al pie de unas montañas.

Las tablas carcomidas que cerraban el jaulón, permitían al oso, ver desde su encierro la alegría del campo, los árboles del bosque y

las montañas culminantes. Veía también la animación de la feria, el ir y venir de la gente alborozada, los niños sobre todo. Al oso le gustaban mucho los niños. No para comérselos, no seáis mal pensados. Ya os he dicho que el oso era una buena persona. ahora os diré que era un buen animal, y os parecerá mejor dicho, cuando hayáis conocido a muchas personas que pasan por buenas.

Pero lo que más encantaba al oso, era un puesto de confitería, con rosquillas, mazapanes, frutas confitadas, almendras, anises y unos pasteles de crema! ¡Oh aquella crema que él veía desbordar del hojaldre, al hincar los dientes en algunos de aquellos pasteles un chiclelo goloso! El hocico se le hacía agua. Lamía y relamía las tablas de su jaula como si fueran de palo dulce.

—¡Oh!—Gruñía el pobre oso.—¡Si yo pudiera salir de esta jaula un ratito, nada más que un ratito, darme un paseo por ese prado verde, revolverme sobre la yerba fresca, hacer cuatro payasadas a los niños con estas manos mías de terciopelo y que me regalaran unas cuantas de esas golosinas ricas que no he de probar nunca! Aquí, pan duro y unas cuantas patatas cocidas. ¡Qué triste es nacer oso! Mucho más triste que hacerlo.

Tanto lamía las tablas de la jaula, que un día una de ellas cedió ablandada al apoyar el oso sus manazas—¡ah! ¡Si él pudiera pasar la cabeza! Aquella cabezota suya. ¡Dichosa cabeza, siempre ha de ser un estorbo en la vida!

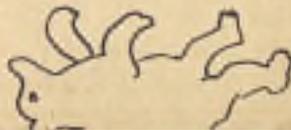
De pronto ¡Oh, felicidad! sin saber cómo se halló libre, en el campo, en el prado verde, a dos pasos de la confitería, entre la gente que reía y los niños que jugaban.

De contento se puso a bailar, acompañándose con unos berridos que a él le parecían muy dulces.

Pronto, fué un grito de espanto a su alrededor. La gente huía despavorida, hombres y mujeres alzaban a los niños en brazos, otros, ni de sus hijos se acordaban en la huída.

¿Por qué se asustan? se decía el oso—¡Yo creía que iban a divertirse tanto!

Vió llegar hacia él a unos hombres terribles, con armas, sables y escopetas. El oso de un salto retrocedió hacia su jaula. . . Vió avanzar a los hombres terribles. Había que defenderse. Sonó una descarga. El oso cayó acribillado, panza arriba, y al mirar al cielo azul, sobre los árboles y las montañas, pensó al morir—¡Qué brutos son los hombres! Han creído que yo era una fiera y se han asustado al verme. ¡Y yo sólo quería, revolverme en la yerba, comer golosinas y jugar con los niños!





Olga y Julia Miraldez
de la Costa.

©Handel



Edgardo
Lezcano
Castro

©Handel



Miguel Angel
Alonso de Arriba

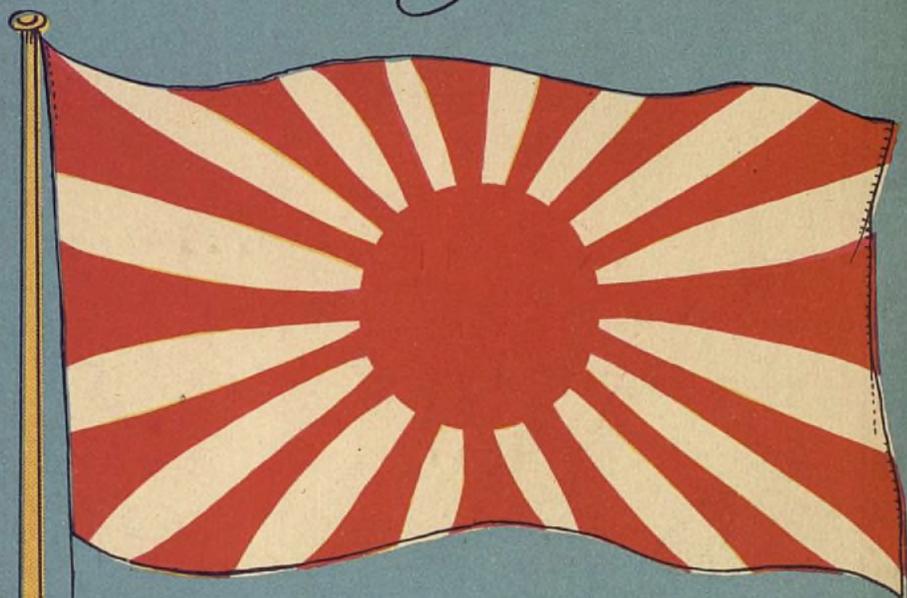
©Handel

IP
TRAFFIC



Rosa Clara Vildósola y Ponce
de Leon, nieta del Conde
de Villanueva

BANDERAS y ESCUDOS.



IMPERIO DEL JAPON

Emperador: Yoshuito.

Capital: Tokio.

Lógica Infantil

—Síñol, una onza de sal de higuela, pelo que sea poquita polque es pa' mí.

(POR GARCÍA CARRA)

PATRIMONIO



JOSE MARTI, apóstol de nuestra independencia, gran escritor y tierno amigo de los niños, a quién estará consagrado el próximo número de PULGARCITO.

Retrato por Valderrama.

EL PROXIMO NUMERO DE "PULGARCITO."

Estará todo dedicado a José Martí. Los cuentos y demás artículos que siempre publicamos, serán esta vez cuentos y artículos, escritos por él especialmente para los niños a quienes tanto amó.

Es un número que despertará gran interés entre nuestros lectores, que tanto se han entusiasmado con lo que ya, aisladamente, hemos publicado de Martí.

Además Martí, sobre ser uno de los más grandes hombres de América, fundó una admirable revista dedicada, como PULGARCITO, exclusivamente a los niños.

Es uno de los más grandes padres de nuestra patria y fué el apóstol de la última de nuestras dos guerras libertadoras.

Hemos estado hablando en todos estos últimos números de los clásicos de la infancia nacidos en otros países. Cuba y América, tienen también en este sentido su "clásico de la infancia." Leámos y amemos a este hombre que fué grande por su corazón, grande por sus virtudes y grande por su amor a la libertad en aras de la cual ofrendó la vida.

EL LEÓN Y LA LIEBRE

(FÁBULA INDIA)

E

N una montaña llamada Mandara, había un león nombrado Durdanta. Dicho león se entretendría en hacer una continua matanza de animales. Estos se unieron y le enviaron representaciones.

—Señor,—le dijeron,—¿por qué destruir así a todos los animales? Todos los días os enviaremos a uno de nosotros para que os alimentéis.

Y así fué. El león, a partir de entonces, devoró todos los días a uno de aquellos animales.

Cierta día, una liebre vieja, a la que llegó el turno de servir de pasto, se dijo para sus adentros:

—No se obedece más que a aquél a quien se teme. Y eso para conservar la vida. Si debo morir, ¿de qué me va a servir el demostrar sumisión al león? Voy, pues, a tomarme tiempo excesivo para llegar hasta él. No me puede costar más que la vida ¡y esa la he de perder! Así habré pasado mis últimos momentos completamente desligada de las cosas de aquí.

Se puso en camino, deteniéndose aquí y allí para masticar algunas sabrosas raíces.

Por fin llegó adonde estaba el león. Este, que tenía hambre le dijo colérico, en cuanto la vió:

—¿Por qué vienes tan tarde?

—No es mía la culpa,—respondió la liebre.—He sido detenida en el camino y retenida a la fuerza por otro león al que he jurado volver a su lado, y vengo a decirlo a vuestra majestad.

—Llévame pronto,—dijo furioso el león,—cerca de ese bribón que desconoce que soy todopoderoso.

La liebre condujo a Durdanta junto a un pozo profundo. Allí le dijo:

—Mirad, señor; el temerario está en el fondo de su antro. Y mostró al león su propia imagen, reflejada en el agua del pozo.

El león, hinchado de orgullo, no pudo dominar su cólera, y, queriendo aplastar a su rival, se precipitó dentro del pozo en donde encontró la muerte.

Lo cual prueba que la inteligencia aventaja a la fuerza. La fuerza desprovista de inteligencia no sirve de nada.

HISTORIETA CÓMICA



EL GATO REVOLTOSO,

por A. Huertas

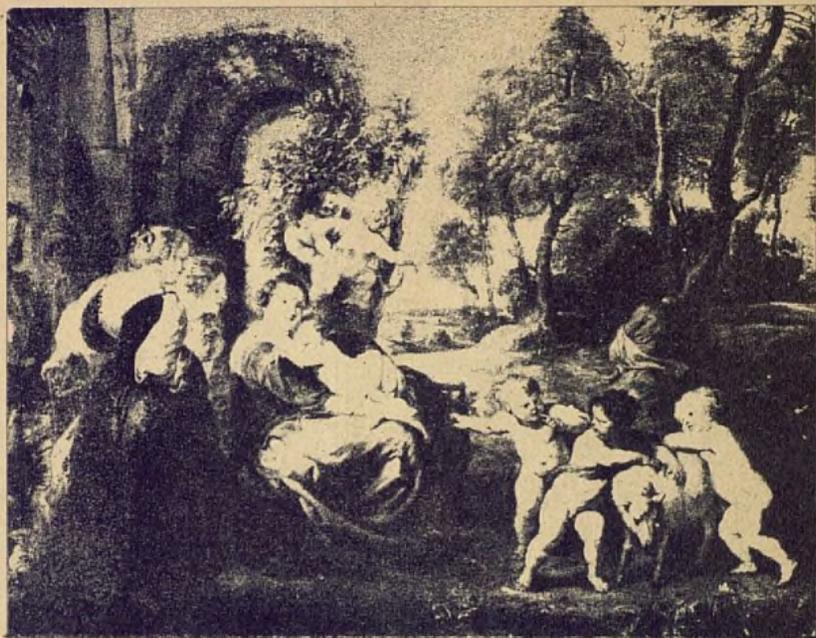


Mimi

Dalia P.
y Barrios



LOS NIÑOS EN EL ARTE



EL NIÑO JESUS JUGANDO CON SAN JUAN.

Por RUBENS.

Pedro Pablo Rubens, el más célebre pintor flamenco, nació en Colonia, —ciudad alemana donde su padre se hallaba desterrado— en 1577, y murió en Amberes, en 1640. Su vida fué sumamente dichosa, pues desde muy joven alcanzó gran éxito en su arte, y luego vivió largos años en las principales capitales de Europa, rodeado de lujo y de honores, gozando de todas las delicias del triunfo, tanto como artista como de diplomático, que sabía serlo muy hábil, mediando con inteligencia y lealtad entre los más poderosos príncipes de aquella época. Fué un pintor extraordinario, que sabía interpretar admirablemente todos los asuntos y dominaba casi todos los géneros de pintura, desde el retrato hasta la pintura histórica o religiosa. Bien mereció su gloria y fama, no sólo por su genio, sino también por su gran amor al arte, por su laboriosidad que le hizo producir más de mil quinientos cuadros, y, por su noble y generoso corazón.

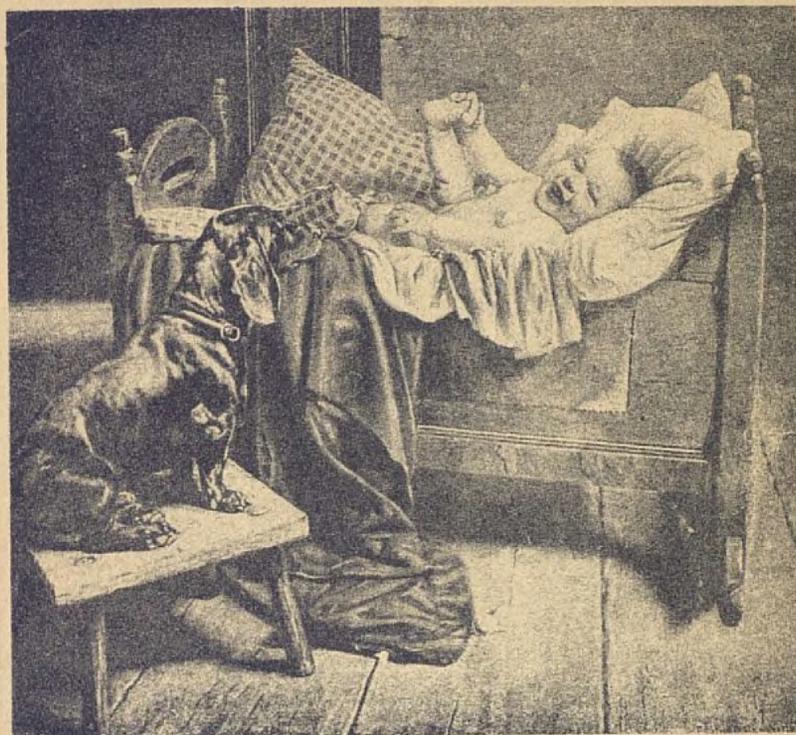
Modas.



EN CASA

Para jugar son estos tres delantalitos muy originales: uno de warandol azul con triángulo de tela roja y cuadraditos formados con hilo rojo también; el segundo de *voile* blanco con pespunte rosa, y el tercero, de tela azul con motitas negras y una hilera de grandes botones que serán una tentación para el infantil músico.

C U A D R I T O



“EL MEJOR GUARDIAN”, por J. Noris.

Algunos pensamientos de Martí

A los niños no se les ha de decir más que la verdad, y nadie debe decirles lo que no sepa.

* * *

Los niños son lo que saben querer; los niños son la esperanza del mundo.

* * *

Hasta hermosos de cuerpo se vuelven los hombres que pelean por ver libre a su patria.

* * *

Libertad es el derecho que todo hombre tiene a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía.

PASATIEMPOS

No. 37.

CHARADA.

"Prima" y "segunda" herramienta
que alguna vez se utiliza
"segunda" y "tercera" es un ave
y mi todo es una prenda
de vestir: ¿quién adivina?

No. 38.

METATESIS.

1 2 3 4 5 Nombre de mujer.
1 2 4 5 3 Verbo.

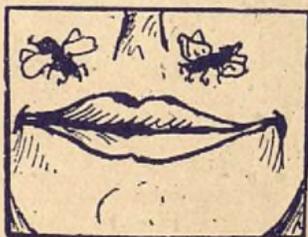
No. 39.

ACERTIJO.

Nombre de mujer nombre de mujer
Total: nombre de mujer.

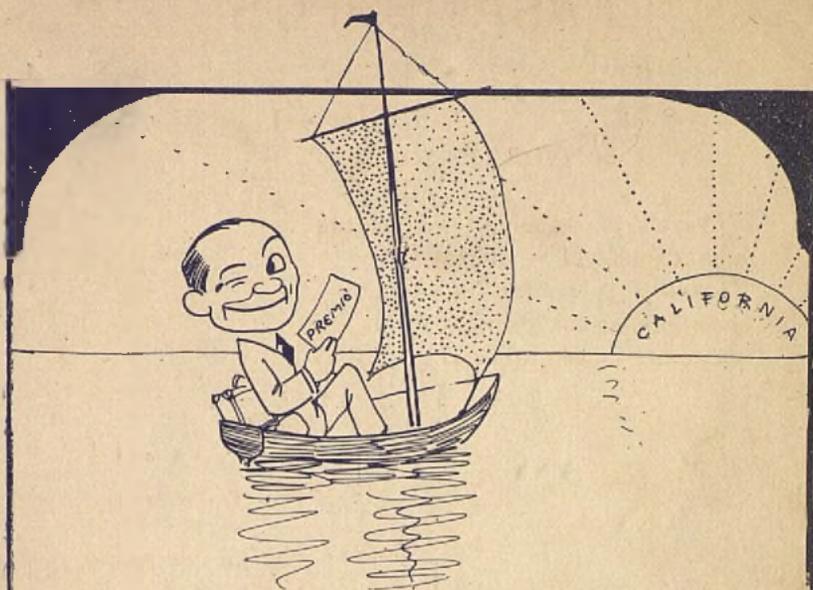
No. 40.

FRASE HECHA.



SOLUCIONES A LOS PASATIEMPOS
DEL MES DE SEPTIEMBRE.

- No. 33: Ricardo.
No. 34: Cedro - Cerdo.
No. 35: León.
No. 36: Alaska.



Nuestro Gran Concurso

TENEMOS el placer de participar a los ya muy numerosos navegadores (y no decimos lecheros, porque nuestra revista es más gráfica que literaria), que estamos acabando de redactar las bases de nuestro concurso, preparando el acertijo o rompecabezas que ha de ser la codiciada meta; y esperamos noticias de los hoteles, líneas de vapores, empresas de ferrocarriles, etc., etc., a quien hemos pedido datos completos.

Nuestro concurso consistirá en premiar a un lector afortunado, con un viaje **ABSOLUTAMENTE GRATIS** a las tierras californianas, llenas de luz y alegría, donde se hacen 95 por ciento de las mejores películas del arte. No creemos mucho en los concursos de belleza o de simpatía, donde (con excepciones contadas) se premia a la artista cuyo agente local haya mercado más votos. Y estamos seguros que los amigos de CINELANDIA preferirán este método, y algunos ya están preparando la maleta.

Veán el próximo número de CINELANDIA, el de Abril donde daremos los últimos detalles de este sensacional concurso (sin votos).

OSCAR H. MASSAGUER.

Director—Gerente.



40¢

INSTITUTO DE
ARTES GRÁFICAS
1920

ESTE ES EL NUEVO
PRECIO DE "SOCIAL"
LA REVISTA QUE PRE-
FIEREN TUS PAPÁS.